

CAPÍTULO XI.

¿Quién es, pues, el conde Platen, á quien en el capítulo precedente hemos dado á conocer como poeta y fervoroso amigo? ¡Ah, querido lector! esta pregunta hace tiempo que la leía en tu semblante, y no he de contestarla sin vacilaciones. Es, en efecto, la desgracia de los escritores alemanes el que así que ponen sobre el tapete á un loco, malo ó bueno, tienen que darle á conocer ya, por medio de una árida pintura de su carácter y de la descripción de su persona, con lo cual se sabe: primero, que ha existido, y, segundo, se conoce el sitio donde se le puede aplicar el látigo, si abajo, arriba, delante ó detrás.

Otra cosa sucedía entre los antiguos, y otra sucede ahora en los pueblos modernos, por ejemplo, entre los ingleses y franceses, cuya vida es popular, y tiene, por tanto, *carácter público*. Pero nosotros los alemanes, si bien tenemos todo un pueblo de locos, tenemos pocos locos ilustres que sean bastante conocidos para poder utilizarles como caracteres para todo el mundo inteligibles, en prosa ó verso.

Los pocos hombres que de esta clase poseemos tienen

realmente derecho á echárselas de importantes; son de inestimable valor y dignos de las más altas consideraciones. Así, por ejemplo, el señor Schmalz, consejero íntimo y profesor de la universidad de Berlín, es un hombre que no se paga con dinero. Un escritor humorístico no puede prescindir de él, y hasta él mismo conoce su importancia personal y su imprescindible necesidad en tan alto grado, que no desaprovecha ocasión de dar materia á la sátira de los escritores de humor, y día y noche anda buscando cómo puede hacerse risible como hombre de Estado, servil, decano, antihegeliano y patriota, para con ello dar enérgico impulso á la literatura, por la que, por decirlo así, se sacrifica.

Se debe elogiar, sobre todo, á las universidades alemanas el que proporcionan á los escritores alemanes más locos de todas clases que todas la demás corporaciones, y especialmente á la de Goettinga, he sabido siempre estimarla en este sentido, razón por la cual me declaro en pro de la conservación de las universidades, por más que siempre he predicado la libertad de profesión y la supresión de las corporaciones.

En tan sensible carencia de locos esclarecidos no se me podrá agradecer bastante que ponga en mi tapiz uno nuevo y le haga de uso general. Voy á hablar con algún detenimiento á los literatos esclarecidos del conde Augusto de Platen-Hallermünde.

Debo decir para ello, que se dió á conocer oportunamente y se ha hecho célebre en cierto modo; voy, por decirlo así, á cebarle literariamente, como los iro-

queses hacen con los prisioneros que se han de comer en los últimos banquetes. Voy á proceder en un todo leal y honradamente, y sobre todo, de un modo cortés, como cumple á un buen ciudadano, y no tocaré á lo material de la mal llamada personalidad más que en todo aquello que pueda arrojar luz sobre la fisonomía de su espíritu, y diré siempre con toda precisión el punto de vista desde que le miro, desde que le vi, y á veces hasta los anteojos con que le vi.

El punto donde por vez primera descubri al conde Platen fué Munich, teatro de sus esfuerzos, donde es muy celebrado por cuantos le conocen, y donde, de seguro, será inmortal mientras viva. Los anteojos con que le vi pertenecían á algunos vecinos de Munich que en sus buenos ratos lanzaban de cuando en cuando algún gracioso epigrama sobre su exterior apariencia.

Jamás le vi á él mismo, y cuando quiero figurarme su persona me acuerdo siempre de la graciosa diatriba que una vez mi amigo el doctor Lantebacher disparó contra la locura de los poetas en general, citando especialmente á un conde Platen, á quien se encontraba en los paseos públicos de Erlangen con su corona de laurel en la cabeza y la nariz provista de anteojos elevada al cielo, simulando estar poéticamente inspirado.

Otros han hablado mejor del pobre Conde, y sólo lamentaban su escasez de medios, pues dada su ambición de distinguirse, al menos como poeta, los necesitaba, á más de la recompensa de su laboriosidad; y alababan especialmente su agasajo para con los jóvenes, entre

los cuales era la misma modestia, pues con la más bondadosa humildad iba á visitarlos de cuando en cuando, y tan allá llevaba su benevolencia, que seguía volviendo hasta cuando le manifestaban claramente lo molesto de su visita. Tales cosas me han conmovido hasta cierto punto, aunque encontraba muy natural esta falta de personal éxito. En vano se lamentaba con frecuencia el Conde.

«Tu blonda juventud, oh dulce joven,
Desdeñe á melancólicos coetáneos.
Quiero en broma escribir, de burlas sólo,
Si lágrimas hasta hoy me alimentaron,
Y he decidido el implorar al cielo
Esa jovialidad, don á mí extraño.»

En vano aseguraba el pobre Conde que un día había de ser el poeta más célebre; que ya era visible en su frente la sombra de una hoja de laurel; que también podría inmortalizar á sus dulces jóvenes en imperecederas poesías. ¡Ah! esta celebridad no la quisiera nadie, y, en efecto, no era digna de ser envidiada.

Aun me acuerdo con qué depresiva sonrisa era mirado un candidato á tal celebridad por algunos alegres amigos bajo las arcadas de Munich. Un ingenioso mal bicho hasta pensaba ver entre el cuello del levitón de dicho individuo la sombra de una hoja de laurel. Por lo que á mí toca, querido lector, no soy tan malo como piensas, y compadezco al pobre Conde cuando los otros se burlan de él, y dudo que él se haya vengado en las odiosas «cos-

tumbres», por más que en sus dolientes canciones se entrega á ciertas venganzas; creo más bien en las dolorosas enfermedades, injuriosas reservas y negaciones que él mismo tan conmovedoramente canta.

Convencido estoy de que procedió contra las costumbres desde luego más honradamente de lo que él mismo quería, y pudo acaso decir en elogio suyo, como el general Tilly: «Nunca me embriagué, nunca toqué á una mujer, y nunca perdí una batalla.» Por lo cual, de seguro, dijo por él el poeta:

«Eres tan sobrio cuan modesto joven.»

El pobre joven, ó más bien el pobre viejo joven—pues tenía ya algunos lustros tras de sí—estaba entonces metido, si no me equivoco, en la universidad de Erlangen, donde le habían proporcionado alguna ocupación; pero esto no satisfacía las altas aspiraciones de su espíritu, pues con los lustros más y más le agtioneaba la concupiscencia de hacerse ilustre, y el Conde estaba cada día más entusiasmado con su futura grandeza, así es que abandonó su puesto y determinó vivir de la pluma, de los dones de la casualidad y algunas otras adventicias ganancias; pues el condado del Conde radica también en la luna, de donde, á causa de las malas comunicaciones con Baviera, según el cálculo de Gruithuisen, dentro de veinte mil años, cuando la luna se acerque á la tierra, podrá él cobrar sus enormes rentas.

Ya antes había publicado el D. Augusto Platen de

Colibrados (1) Hallermünde, en casa de Brockaus, en Leipzig, una colección de poesías con su prólogo, titulada: «*Hojas líricas*, Núm. 1.º», la que seguramente no llegó á ser conocida, aunque, según nos asegura el autor, los siete sabios le prodigaron sus alabanzas.

Más tarde publicó algunos cuentos dramáticos y narraciones á lo Tieck, que tuvieron igualmente la dicha de quedar ignorados de la iliterata muchedumbre, y sólo fueron leídos por los siete sabios. No obstante, con el fin de captarse algunos lectores además de los siete sabios, se dedicó el Conde á la polémica, y escribió una sátira contra célebres escritores, principalmente contra Müllner, que ya se veía entonces aborrecido y aniquilado moralmente por doquiera; así es que el Conde llegó precisamente á tiempo para dar aún al difunto consejero de la corte Oerindur el golpe de gracia, pero no en la cabeza, sino á la manera de Falstaff, hiriéndole en la pantorrilla.

Llenaba todos los nobles corazones la antipatía hacia Müllner; la polémica del Conde no desagradó por tanto, y «*El fatal bidente*» encontró acá y allá benévola acogida, no del público en general, sino entre los escritores y la misma gente escolar, principalmente entre esta última, porque en dicha sátira no imitaba ya sólo al romántico Tieck, sino también al clásico Aristófanes.

Creo que por entonces fué cuando el Sr. Conde hizo un viaje á Italia; no dudaba ya de poder vivir de su

(1) *Colibrados* es el apellido de un español fanfarrón, héroe de una comedia sueca, traducida al alemán por Müllner.

poesía, pues Cotta le hacía la usual y prosaica honra de darle dinero á cuenta de ella; pues la poesía, la hija del cielo, la de elevada cuna, jamás tiene dinero, y en tal necesidad se dirige siempre á Cotta.

El Conde versificaba día y noche, y no seguía encerrado en el marco de Tieck y de Aristófanes, sino que imitaba también á Goethe en sus canciones (*lieder*), á Horacio en las odas, al Petrarca en los sonetos y al poeta Hafis en sus pérsicas gacelas; nos daba, en fin, en cierto modo, una especie de Florilegio, y al mismo tiempo sus propias *Hojas líricas* bajo el título de *Poesías del conde Platen*, etc.

Nadie en Alemania es más benévolo con las producciones poéticas que yo, y concedo seguramente de todo corazón á un pobre hombre como Platen el pedacito de gloria que tan trabajosamente ganara á la faz de Suiza. Nadie está más dispuesto que yo á elogiar sus esfuerzos, á alabar su laboriosidad y su erudición poética, y á reconocer sus méritos como medidor de sílabas. Mis propios ensayos me hacen más apto que cualquiera otro para apreciar los méritos métricos del Conde.

El improbable trabajo, la indecible tenacidad, los nocturnos rechinamientos de dientes, los rabiosos esfuerzos con que ha trabajado sus versos, los descubre uno de nosotros mucho antes que el lector vulgar, que tiene por cosa sencilla la facilidad, elegancia y pulidez de cada uno de los versos del Conde, y se recrea en sus juegos de palabras, fáciles, pero vacíos, como se recrea uno con los saltos de los acróbatas, con los balancos de los funám-

bulos y con los que hacen bailar los huevos y se los ponen sobre la cabeza, que divierten durante algunas horas, sin que uno piense en que aquel pobre hombre sólo á fuerza de años de torturas y atroces sufrimientos de hambre ha adquirido cierta destreza artística, cierta métrica material.

Yo, que no he sufrido tanto por la poesía, pues siempre me he ejercitado en ella estando en relación con una buena comida, para mejor premiar al conde Platen, que tantas amarguras y ayunos sufriera, he de decir en su alabanza que ningún funámbulo de Europa se balancea tan bien como él en sus soporíferas gacelas; que ninguno de los que hacen bailar los huevos al compás de

— — — — —
 — — — — —, etc.,

ejecuta tan bien como él; que nadie como él se los pone sobre la cabeza.

Hasta cuando las musas no le son propicias, tiene aún en su poder el genio de la lengua, ó más bien le somete á su poder; pues le falta el libre amor de este genio, tiene que perseguir también tenazmente á este joven, y sólo sabe apoderarse de la forma externa, que, á pesar de su hermosa redondez, jamás se sabe expresar noblemente. Nunca son profundas voces de la Naturaleza, como las encontramos en los cantos populares, en los niños y en otros poetas, las que brotan del alma de un Platen, ya estallen violentamente ó se manifiesten con tranquilidad; á las angustiosísimas torturas

á que tiene que someterse para decir algo las llama él «gran hecho en palabras».

Tan completamente desconoce la esencia de la poesía, que no sabe siquiera que la palabra sólo es un hecho para el retórico, pero para el verdadero poeta es una expresión. Ó de otro modo: para el verdadero poeta nunca se ha hecho la lengua maestra en él; él es, al contrario, el que se ha hecho maestro en la lengua, ó más bien de la lengua, como un *virtuoso* de un instrumento.

Cuanto más allá iba de este modo en la técnica, tanto más grande idea se formaba de su *virtuosità*; sabía seguramente tocar de todas maneras; componía, por decirlo así, muchas veces sólo sobre la cuarta cuerda, y se enfadaba cuando el público no aplaudía. Como todos los *virtuosi* que cultivan un talento especial, iba sólo tras el aplauso; veía con secreta rabia la gloria de otros; envidiaba á sus colegas sus ganancias, y á Claren, por ejemplo, le escribió al mismo tiempo cinco pasquines, cuando sólo podía atraerse un solo *xenie* de censura; comparaba todas las criticas en que se alababa á otros, y gritaba continuamente: «Nunca seré bastante alabado ni bastante recompensado, pues yo soy el poeta de los poetas, etc.»

Jamás ningún verdadero poeta mostró tal hambre y sed de alabanza y utilidad. Jamás la mostraron Klopstock ni Goethe, cuyo tercero se llamaba á sí propio el Conde de Platen, aun cuando cualquiera comprende que sólo forma triunvirato con Ramler y quizá con Augusto Guillermo de Schlegel.

El gran Ramler, como se le llamaba en su tiempo, cuando él, acaso sin corona de laurel en la cabeza, pero con mucha más gran coleta y redecilla, alzaba los ojos al cielo, y con su paraguas de tela raída bajo el brazo, vagaba midiendo versos por el jardín zoológico, se tenía entonces por el representante de la poesía en la tierra, sus versos eran los más acabados que existían en lengua alemana, y sus admiradores, entre los que no sé cómo se encontraba hasta un Lessing, pensaban que no se podía ir más allá en materia de poesía. Casi lo mismo sucedió más tarde con Augusto Guillermo de Schlegel, pero cuya insuficiencia poética se hizo visible desde el momento en que la lengua alemana se perfeccionó, hasta el punto de que los que un tiempo consideraron al cantor de Arión como un verdadero Arión, ahora sólo ven en él al profesor de mérito.

Pero si fué permitido al conde Platen reirse del en otro tiempo celebrado Schlegel, como éste á su vez se rió de Ramler, cosa es que yo no sé. Mas lo que sé es que en poesía todos tres son iguales, y, cuando el conde Platen tan lindamente muestra su arte de balanceo en sus gacelas; cuando en sus odas ejecuta tan á la perfección la danza de los huevos, y cuando en sus comedias se los pone en la cabeza, todavía no es un poeta. «No es poeta», dice hasta la ingrata juventud masculina que él tan tiernamente canta. «No es poeta», dicen las mujeres, que acaso, y debo manifestarlo en su honor, no le son del todo contrarias; y quizá por la abnegación que en él descubren experimen-

tan ciertos celos, ó bien porque la tendencia de sus poesías creen que pone en peligro su hasta hoy ventajosa posición social. Criticos escrupulosos, que se equivocan con anteojos de muchos grados, convienen en este juicio ó le manifiestan aún con más lacónica reflexión.

—¿Qué halla usted en las poesías del conde Platen Hallermünde?—pregunté hace poco á un individuo.

—¡Carne de asentaderas!—fué la contestación.

—¿Habla usted con respecto á la forma penosamente trabajada?—repliqué yo.

—No—contestó él;—carne de asentaderas en el recto sentido de la palabra.

Ahora bien, por lo que toca al contenido de las poesías de Platen, quizá no pudiera yo alabar al pobre Conde, pero tampoco entregarle incondicionalmente al furor de sus censores, porque como nuestro Catón dice: ó hablar de ello ó callarse. *Chacun a son goût* (1), á unos les gusta el buey y á otros la vaca de Wasishta.

Yo también censuro la radamántica severidad con que se ha juzgado el contenido de las poesías de Platen en el *Anuario de crítica científica de Berlín*. Pero así son los hombres; les es muy fácil aconsejar austeramente, cuando se trata de pecados que ningún placer pueden proporcionarles.

En la *Hoja de la mañana* lei hace muy poco un artículo, encabezado: «Del diario de un lector», en el cual se pronuncia el conde de Platen contra tan severa censura de

(1) *Cada uno tiene su gusto.*

su amor de la amistad, con su consabida modestia, diciendo que jamás supo mentir; propiedad que aun hoy se le reconoce. Cuando dice que la *Hoja semanal hegeliana* le acusa de «risible *pathos*» (1), de un secreto vicio, quiere, como es fácil adivinar, prevenir solamente la censura de otras gentes, cuyo juicio pretende explorar por tercera mano. No obstante, se le ha juzgado mal, en este respecto no llegaré nunca á acusarle de tal pasión; el noble Conde es para mí un fenómeno curioso, y en sus ilustres manías veo sólo algo anacrónico, una tímida y vergonzosa parodia de una soberbia antigua.

Esto es, en efecto. Dicha extravagancia no estaba en la antigüedad en contradicción con las costumbres, y esto se manifiesta con heroica franqueza, cuando, por ejemplo, el emperador Nerón dió un banquete nupcial en un buque incrustado de oro y de marfil, que costó algunos millones, haciéndose casar solemnemente con uno de los jóvenes de su serrallo, llamado Pitágoras (*cuncta denique spectata quae etiam in femina nox operit*), y después, con las antorchas nupciales, puso fuego á Roma, para, á su chisporroteo, poder cantar mucho mejor la destrucción de Troya. Entonces no existía ningún compositor de *gacelas* de quien pudiera yo hablar apasionadamente; sólo puedo reirme del nuevo pitagorista, que en la moderna Roma emprende sediento, en ayunas y lleno de inquietudes, el sendero de la amistad; pálido el sem-

(1) Del griego *παθος*, enfermedad, caso *patológico*, en especial designa en griego á la mujer que padece algún trastorno del aparato genital.

blante, á causa de los desdenes de jóvenes desamorados, para irse después, á la luz de entristecedora lamparilla de aceite, á suspirar sus *gacelas*.

Es interesante en tal sentido la comparación de las composicioncillas de Platen con las de Petronio. En éste domina una franqueza ruda, antigua, plástica y pagana; el conde Platen, al contrario, á pesar de sus bravatas de clasicismo, trata su asunto más bien de un modo romántico, velado, anheloso, beato..... y aun pudiera añadir, hipócrita; pues el Conde se disfraza á veces bajo sentimientos piadosos y esquivo la precisa determinación de los sexos, pudiendo sólo verse claramente los masculinos; cree haberse encubierto bastante respecto al vulgo, con omitir á veces la palabra amigo, y le pasa lo que al avestruz que se cree suficientemente escondida así que oculta la cabeza en la arena, y no queda visible más que la parte posterior.

Nuestro ilustre avestruz hubiera hecho mejor en esconder en la arena la parte posterior y enseñarnos la cabeza. En efecto, es más bien un hombre de posaderas que de cabeza; pero sobre todo el nombre de varón no le conviene; su amor tiene un carácter pasivo, pitagórico, es en sus poesías un *pathicos* (1), una mujer, y seguramente una mujer que se regocija femenilmente; una *tribade* (2) masculina.

(1) Del griego *παθικο*, que padece, en especial de los órganos genitales.

(2) Del griego *τριβάς, ἄδω*, tribade, mujer entregada al libertinaje.

Esta naturaleza perturbada y rebajada se manifiesta á través de todas sus poesías eróticas; siempre encuentra un nuevo amigo de la belleza (1); en estas poesías vemos por doquiera poliandria, y cuando prorrumpe en su sentimentalismo:

—«¡ Amas y callas! ¡ Si yo tal hiciera,
 Prodigándote sólo mis miradas!
 ¡ A no ser por las frases pronunciadas,
 Ninguna enfermedad cual hoy sufriera!
 ¡ Bien aún este amor vencer quisiera;
 Tiemblo en hielo sus llamas ver trocadas
 Que del cielo nos fueron enviadas,
 De caricias angélicas esfera»

piensa uno en los ángeles que llegaron á casa de Loth, el hijo de Haarám, y á quienes sólo á costa de apuros y fatigas pudo librar de los más tiernos ataques, según leemos en el Pentateuco, que por desgracia no nos transmite las *gacelas* y sonetos que se compusieron entonces á las puertas de Loth.

Por doquiera vemos en las poesías de Platen al avestruz que sólo esconde la cabeza, á la desatentada y débil avestruz que, teniendo las más hermosas alas, no puede volar, y se arrastra iracunda por el arenoso desierto de la polémica literaria. Con sus hermosas plumas y sin fuerza para moverse, con sus hermosos versos y sin vuelo poético, contrasta con aquel noble de la canción, que

(1) *Schönheitsfreund*, calófilo.

tiene menos brillantes alas, *pero con ellas hasta el sol se eleva*..... Vuélvome á mi estribillo: el conde Platen no es poeta.

Dos cosas se exigen á un poeta: en sus poesías líricas debe haber acentos naturales, en sus poesías épicas ó dramáticas debe haber caracteres. Si no puede legitimarse en este sentido, le será negado el título de poeta, aun cuando sus demás papeles de familia y diplomas de nobleza sean de la más alta categoría.

Esto último ocurre tal vez al conde Platen, pues no dudo, y aun estoy convencido, de que se reiría compasiva y tranquilamente cuando se quisiera hacer desprestigiar su título de Conde; pero que se atrevan sólo á manifestar en un solo *xenie* la más mínima duda acerca de su título de poeta, se sentará al punto furioso y hará imprimir contra uno cinco sátiras. Pues los hombres se aferran tanto más tenazmente á un título, cuanto más dudoso é incierto es el que de tal modo se defiende.

Pero acaso el conde Platen sería poeta si viviera en otra época, y cuando además fuera otro de lo que es ahora. La carencia de acentos naturales en las poesías del Conde se funda acaso en que vive en un tiempo en que no se atreve á expresar sus verdaderos sentimientos, en que las mismas costumbres, que están siempre en guerra declarada con su amor, hasta le impiden manifestar de un modo descubierto sus quejas en este punto, en que tiene que encubrir con inquietud todo sentimiento, para al menos no herir el oído del público como el de un «*bello difícil*» con una sola sílaba.